

Agua y piedra en un principio. Formas, vegetación, flora y otra vez agua después. Así es la Serranía de Cuenca. «A la acción reciente y constante del agua -repitió Giménez Aguilar- debe el suelo de Cuenca sus mayores y extraños encantos».

Lugar de gentes afables, guiadas por el astro rey en su continuo devenir diario. Agradables veranos y crudos inviernos marcan el ciclo de los moradores de esta tierra encantada. Un lugar donde es imposible el descanso del visitante que no quiere perderse ninguno de sus innumerables encantos que encontrará a lo largo de su visita.

Basta una mirada alrededor para enamorarse de la fiesta de color de la piedra tallada con el paso del tiempo, de sus frondosos bosques

de coníferas, del discurrir de sus ríos por espacios inimaginados, de la tranquilidad de sus aguas estancadas en lagunas y embalses, o de cualquier animal de los muchos que pueblan este lugar, auténtico pulmón del centro de la península ibérica.

Muy cerca de la capital, a menos de media hora de camino, los conquenses guardan uno de sus tesoros más preciados: la Serranía.

Sus cerca de 7.000 Km² de terreno abrupto cubierto de densos bosques de coníferas, integrados en el Sistema Ibérico, son un lugar ideal para perderse, para disfrutar de la Naturaleza en todo su esplendor. Un paseo por cualquiera de sus rincones constituye una fiesta para los sentidos que no tienen ni un momento para el descanso.

Los cerca de 7.000 km² de terreno abrupto cubierto de densos bosques de coníferas son un lugar ideal para perderse, para disfrutar de la Naturaleza en todo su esplendor.

